

ESTUDIOS

MAQUIAVELO O EL INICIADOR DE LA CIENCIA POLITICA MODERNA

La ciencia política moderna comienza con el florentino Nicolás Maquiavelo (1469-1527). Antes y después de él se puede hablar en la cultura occidental de filosofía política; pero sólo después de él de ciencia política. Como su contemporáneo Galileo Galilei y su connacional Giambattista Vico muy posteriormente, pudo haber hablado Maquiavelo de una *Scienza nuova*. En verdad, lo que representan en su orden Galileo para la mecánica y Vico para la Historia, representa Maquiavelo para la ciencia política. La originalidad de su genio radica justamente en haber descubierto la especificidad del hecho político y su vía de conocimiento.

Ciencia política, y de gran calidad, hubo en la cultura helénica. Aristóteles, el maestro de los que saben, según decir de Dante Alighieri, creó la ciencia política como una parte de la filosofía de la práctica, pero su influjo en el mundo antiguo fué casi nulo. La baja Edad Media la conoció y comentó a través de la traducción defectuosa de Guillermo Moerbecke. El Renacimiento la tradujo mejor con Leonardo Bruni de Arezzo, pero tampoco fué más allá de la glosa ligera. Ni en el medievo ni en el Renacimiento se puede hablar con propiedad de ciencia política. El opúsculo *Del gobierno de los príncipes*, de Santo Tomás de Aquino —en parte al menos—, es una versión escolástica de la *Política* aristotélica. Y el *Príncipe*, de Pontano, modelo de los tratados científicos de política en su tiempo, era un florilegio «de frases clásicas relativas a las virtudes y vicios de los hombres en general y de los príncipes en particular» (1).

I. LA CIENCIA POLÍTICA MODERNA

La ciencia política moderna no es una continuación de la *Política*, de Aristóteles, ni de las glosas de sus comentaristas, sino un nuevo producto intelectual, cuya fuente cristalina es la observación de los hechos vividos y

(1) LUIS NAVARRO: *Maquiavelo, Obras políticas*, pág. 34. 2.^a edición. El Ateneo. Buenos Aires, 1957.

de las instituciones políticas vigentes. «La nueva ciencia política —dice Luis Navarro— empezó a formarse en las cartas y relaciones de los embajadores y de los diplomáticos que en el último decenio del siglo XV y en el primero del XVI se multiplican de modo verdaderamente singular. Los despachos de Fernando de Aragón, que llevan la firma de Pontano; los de los embajadores florentinos, cuando la invasión de Carlos VIII; las célebres relaciones de los embajadores venecianos, como casi todos los escritos diplomáticos de los Gobiernos y de sus representantes, revelan un mundo nuevo. Los autores de estos documentos abandonan la lengua latina, olvidan la escolástica, observan y estudian a los hombres y las instituciones políticas con maravillosa agudeza y la más consumada experiencia; indagan las causas de los acontecimientos y de la conducta de los hombres de Estado con verdadero método inductivo, experimental, que en todos se halla, sin que pueda decirse quién lo haya inventado, porque, en realidad, aparece en todas las naciones. Encuéntrase de vez en cuando en estos escritos algunas ideas generales que son siempre de admirable evidencia y prueban sagacísima penetración; pero en seguida se vuelve a la narración de los hechos urgentes, al examen de las noticias que son constante tema de tales escritos, los que puede decirse constituyen ya la nueva ciencia y el método, aunque aparezcan en retazos sueltos y como demandando quien quiera reunirlos» (2).

«De un objeto antiguo voy a formar una ciencia nueva», dijo Galileo, y fundó la mecánica. Lo mismo pudo haber dicho Maquiavelo con casi un siglo de antelación, cuando se puso a escribir sus célebres obras de política en el confinamiento de San Casciano. El objeto era antiguo; tan antiguo como las primeras asociaciones políticas de Egipto o de la India, pero el método era nuevo; tan nuevo que apenas se tomaba conciencia del mismo a partir del Renacimiento.

Aunque la gloria de haber iniciado la ciencia política moderna no le pertenece exclusivamente a Maquiavelo, ya que cerca a él laboraba calladamente el espíritu objetivo y analítico de su coetáneo y conterráneo Francisco Guicciardini, él es su representante más destacado y visible. Comparando y valorando la contribución de los Dióscuros de la ciencia política moderna, Luis Navarro anota lo siguiente: «En las obras políticas de Francisco Guicciardini están definidas y descritas las nuevas ideas mejor que en las de Maquiavelo, porque éste, con la originalidad característica de su genio, introduce en ellas un elemento personal, mientras Guicciardini da forma clara y precisa a las doctrinas dominantes de su época, desarrollándolas, ordenándolas y enriqueciéndolas con los resultados de su prodigiosa experiencia, con su gran co-

(2) Idem, págs. 34-5.

nocimiento de los hombres y los negocios y con una exactitud en la observación, recuerdo y referencia de los hechos a que no llega el mismo Maquiavelo, preocupado con la demostración de sus propias teorías y la persecución de sus ideales. Maquiavelo es un observador menos paciente, menos preciso, menos seguro que Guicciardini, pero tiene el don singularísimo de fijarse inmediatamente en el hecho capital entre la multitud de los que a su vista aparecen. Cuando habla de Suiza, Francia o Alemania, no escapa a su penetración ninguno de los datos verdaderamente importantes, políticos y militares de estos pueblos, y estudiando lo que es de actualidad, indaga las probabilidades del porvenir, cosa que nunca hacía Guicciardini, por considerarlo ocioso» (3).

Maquiavelo reconoce expresamente dos fuentes de su conocimiento de la política. La primera es la *experiencia de los asuntos públicos*, y la segunda el *estudio de la historia de la antigüedad* (4). Catorce años --1498 a 1512--, los mejores de su vida, pasó Maquiavelo al servicio de la República de Florencia en diversos cargos administrativos y en embajadas ante Gobiernos extranjeros con misiones delicadas y difíciles de cumplir. Su experiencia es rica en lo que concierne al gobierno, y la diplomacia y la organización militar. Como canciller tuvo oportunidad de conocer a fondo la política interna de su República y como embajador la externa. Por su amplia y larga carrera de político militante estaba capacitado de manera excepcional para escribir sobre ciencia política en el ocio forzoso de su heredad. *El Príncipe* es el fruto maduro de su experiencia política. «Mis observaciones, atenta y cuidadosamente hechas, las concreto en este pequeño volumen que envío a Vuestra Magnificencia» (5), reza la dedicatoria de Maquiavelo a Lorenzo de Médicis.

La cultura de Maquiavelo era clásica, es decir, griega y latina, matizada por su conciencia de hombre del Renacimiento. Conocía el latín y es posible que conociera también el griego. Conocía y cultivaba las bellas letras y dió muestras de gran ingenio literario en la *Mandrágora*, sátira que prelude el realismo de la comedia de Shakespeare. Aunque conocía las grandes corrientes filosóficas: platonismo, aristotelismo y estoicismo, su natural inclinación y el espíritu del tiempo le impulsan a una actitud empirista frente al universo y la vida. De ahí que prefiriera el *estudio de la historia* al de las teorías políticas. En su ánimo pesaban más Tito Livio y Polibio que Platón y Aristóteles. «Es un rasgo extraordinariamente característico que de la Antigüedad sólo tome el material histórico, pero no su idea política central --dice Günther Holstein--.

(3) *Idem*, págs. 35-6.

(4) NICOLÁS MAQUIAVELO: *Obras políticas*, pág. 451. 2.^a edición. El Ateneo. Buenos Aires, 1957.

(5) *Idem*.

Ni Platón ni Aristóteles, ni tampoco las obras sistemáticas de Cicerón ejercieron sobre él la menor influencia» (6).

Maquiavelo se maravilla y duele de «que en pleitos entre ciudadanos, o en las enfermedades que las personas sufren», los abogados y los médicos acuden «a los preceptos legales o a los remedios que los antiguos practicaban», mas «para ordenar las Repúblicas, mantener los Estados, gobernar los reinos, organizar los Ejércitos, administrar la guerra, practicar la justicia, engrandecer el imperio», no acuden a los ejemplos de la antigüedad ni los soberanos ni los capitanes ni los ciudadanos. La causa de tan lamentable incuria procede, en su opinión, de «no tener perfecto conocimiento de la historia o de no comprender, al leerla, su verdadero sentido ni el espíritu de sus enseñanzas» (7).

Una tradición muy antigua acredita a la historia como *magistra vitae*. Tucídides, Polibio y los estoicos subrayaron el carácter pragmático de la historia en términos afines a éstos: La historia es utilizable para la acción y la dirección de los asuntos públicos. Los políticos a su vez han visto siempre en la historia su maestra doctrinal. Pletórico está su seno de ejemplos y lecciones aprovechables en la acción política para prevenir males, conjurar peligros y resolver situaciones embarazosas. Historia y política son el anverso y reverso de una misma moneda. La historia es la política del pasado y la política la historia del presente.

Polibio, el insigne historiador de Roma y preceptor de los Escipiones, dedujo la ciencia política de la historia. «La historia no era para él —anota J. T. Shotwell—, un simple conocimiento de cosas antiguas. El es un político práctico, y la historia es, simplemente, la política del pasado. Está justificada por su utilidad; es la filosofía que enseña con la experiencia.» «Un conocimiento de la historia —dice en otro lugar— no es una simple prenda de adorno, sino absolutamente esencial como guía para la acción. Sólo la historia puede proporcionar precedentes al hombre de Estado» (8). Maquiavelo, sin embargo, no escogió la historia de Polibio como la fuente principal de su conocimiento histórico-político y como el objeto de sus comentarios, sino las *Décadas* de Tito Livio. La razón es obvia. Tito Livio fué el historiador nacional de Roma y su historia es intensamente patriótica. Por su espíritu y programa, Tito Livio responde mejor a los ideales políticos y patrióticos de Maquiavelo. Los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* son el óptimo fruto de su estudio ininterrumpido de la historia.

(6) GÜNTHER HOLSTEIN: *Historia de la filosofía política*, pág. 184. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1953.

(7) N. MAQUIAVELO: *Op. cit.*, pág. 54.

(8) J. T. SHOTWELL: *Historia de la historia en el mundo antiguo*, pág. 253. F. C. E. México, 1940.

Maquiavelo, político y humanista a la vez, construyó la ciencia política con los materiales que le suministraron la observación del presente y el estudio del pasado. Por la experiencia personal y por el testimonio de los historiadores, se dió cuenta de que *el hecho político*, objeto de la ciencia política, es un hecho humano de poder. El hecho político para él no es otra cosa que la lucha por el Poder, que la relación entre gobernantes y gobernados, que la organización de los asuntos públicos y que la dirección del Estado. El Poder y el Estado, como la máxima expresión del Poder, son el tema de la nueva ciencia política iniciada por Maquiavelo.

«Mi intento —dice Maquiavelo en *El Príncipe*— es escribir cosas útiles a quienes las lean, y juzgo más conveniente decir *la verdad tal cual es* que como se imagina» (9). La frase subrayada es la clave que permite conocer la naturaleza de los escritos políticos de Maquiavelo. Mientras *la filosofía política* se empeña en gran parte en el estudio del Estado y el comportamiento político *tales como deben ser* o se imaginan los filósofos, *la ciencia política* los estudia *tales como son*. En Maquiavelo había una conciencia clara y vidente del objeto y el método de la ciencia política. A pesar de todas las objeciones que suscitan, pueden clasificarse sus escritos políticos de científicos. Al menos se debe hacer así por el espíritu empirista y realista que los anima. Su pensamiento anota George H. Sabine, «era el de un verdadero empirista, resultado de una amplísima observación política y una lectura de historia política todavía mayor» (10).

El contenido de *El Príncipe* corresponde a un programa bien concebido y trazado, a saber: qué son los principados, cuáles son sus clases, cómo se obtienen y conservan y por qué se pierden (11). En otras palabras, *El Príncipe* trata de la definición y clasificación de los principados, de las leyes o reglas inductivas de su adquisición, gobierno y conservación, y de la explicación de su pérdida. En suma, es un breve compendio de teoría y técnica política. *El Príncipe*, sin embargo, no es una obra independiente, sino una parte de los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, donde se ocupa de la República, es decir, de una de sus dos formas fundamentales de gobierno.

Si en las dos obras citadas no existe unidad de criterio, existe, por lo menos, unidad de materia. En ambas el tema es uno solo: el Poder y el Estado. La fama ha calificado *El Príncipe* como la obra maestra de Maquiavelo, pero la verdad parece ser otra. El conde Carlo Sforza y Agustín Renaudet.

(9) N. MAQUIAVELO: *Op. cit.*, pág. 501.

(10) GEORGE H. SABINE: *Historia de la teoría política*, pág. 339. F. C. H. México, 1945.

(11) N. MAQUIAVELO: *Carta a Francesco Vettori*, en CARLO SFORZA: *El Pensamiento vivo de Maquiavelo*, pág. 222. Ed. Losada. Buenos Aires, 1941.

entre otros biógrafos y críticos de Maquiavelo, coinciden en la afirmación de que la obra fundamental del ilustre florentino son los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio* y no *El Príncipe*. «Maquiavelo —según Sforza— comenzó su gran obra, los *Discursos sobre los diez primeros libros de Tito Livio*, en 1512. La terminó en 1522. *El Príncipe* fué comenzado en 1513 y terminado en 1516. Trata del mismo tema que los *Discursos*, sólo que *El Príncipe* aborda ese tema concretamente, mientras que los *Discursos* son generales. Si Maquiavelo no hubiera sido pobre, habría escrito únicamente un libro sobre la ciencia de la política: los *Discursos*. Las ideas contenidas en *El Príncipe* hubieran sido incorporadas a los *Discursos*. En todo caso, sugerimos que quien estudie a Maquiavelo considere *El Príncipe* simplemente como una parte de los *Discursos*» (12). Y Renaudet que *El Príncipe* representa el trabajo de algunos meses dedicados al estudio de una hipótesis ilusoria, mientras los *Discursos*, constantemente retocados y complementados, expresan el pensamiento que sostuvo verdaderamente hasta su muerte (13). «Ambos libros, en concepto de Sabine, presentan aspectos del mismo problema: las causas del auge y decadencia de los Estados y los medios por los cuales puedan los estadistas hacer que perduren» (14).

El material de los *Discursos* y el de *El Príncipe* proceden de las dos fuentes de conocimiento admitidas y empleadas por Maquiavelo, esto es, la historia y la observación. Los *Discursos* son el producto de las lecturas y meditaciones sistemáticas de su autor durante los diez años de confinamiento político en San Casciano. *El Príncipe*, escrito al margen de los *Discursos* desde 1513 hasta 1516, es el resultado de la observación de hechos recientes y de la experiencia personal de Maquiavelo como canciller y diplomático. Los *Discursos* son la teoría política del gobierno civil o constitucional. *El Príncipe* lo es de gobierno despótico o mejor autoritario. Los *Discursos* se refieren a la República romana y *El Príncipe* a los principados italianos. Apenas era lógico esperar que *El Príncipe*, por tratar de un tema y problema de su tiempo, así como por su estilo escueto, enérgico y directo, atrajera de inmediato la atención de los gobernantes y el público, y al mismo tiempo, convertido en piedra de escándalo, alcanzara fama vertiginosa e insuperada en obras de su clase.

(12) Conde CARLO SFORZA: *El Pensamiento vivo de Maquiavelo*, pág. 29.

(13) AGUSTÍN RENAUDET: *Maquiavelo*, pág. 200. Editorial Tecnos. Madrid, 1965.

(14) G. H. SABINE: *Op. cit.*, pág. 327.

II. EL ESTADO

Maquiavelo, «el pensador político más potente de su época —y quizá de todas las épocas—», en concepto de Carlos Sforza, descubrió el *nuevo tipo de Estado* que habría de prevalecer en el mundo occidental moderno a partir del siglo XV, a saber: *el Estado nación*. La originalidad y novedad de su pensamiento político se manifiesta sobre todo en la manera de concebir la estructura del Estado. Ante todo es una estructura de Poder.

I. El Poder

¿Qué es el Poder? Cuando Maquiavelo habla del Poder no menciona ni discute teorías. Su estilo y su método son las antípodas del escolasticismo o del neoplatonismo de su tiempo. Percibe hechos y reflexiona sobre los mismos. El Poder es un hecho social que se manifiesta en el sometimiento de la mayoría a una minoría o a uno solo. El Poder no procede de lo alto. Se forma y constituye por la voluntad y la acción humanas. Maquiavelo pasó por alto el principio paulino, tan citado por los filósofos medievales sobre el origen del Poder. «El habla de su experiencia política —dice Cassirer— y su experiencia le ha enseñado que el Poder, el verdadero y efectivo Poder político, no tiene nada de divino. Ha visto los hombres que fundaban *nuevos principados* y ha estudiado detenidamente sus métodos. Pensar que el Poder de estos nuevos principados venía de Dios era no solamente absurdo, sino, además, blasfemo» (15).

En la lucha por el Poder, Maquiavelo distingue dos tipos de hombre: el tipo gobernante y el tipo gobernado. Dentro del primero «estarían incluidos —como piensa James Burnham— no sólo aquellos que en todo momento ocupan los puestos más importantes en la sociedad, sino también los que aspiran a alcanzar esas posiciones o que podrían aspirar a ellas si se les brindara la ocasión; el segundo tipo está compuesto por aquellos que no gobiernan ni son capaces de gobernar. Estos últimos constituyen la gran mayoría... Esta distinción refleja un hecho básico de la vida política, a saber, que la lucha política activa está circunscrita en su mayor parte a pequeñas minorías de nombres, y que los miembros de la mayoría son, y seguirán siendo, suceda lo que suceda, gobernados» (16).

(15) E. CASSIRER: *El mito del Estado*, pág. 162. F. C. E. México, 1947.

(16) JAMES BURNHAM: *Los maquiavelistas*, págs. 71-2. Emecé Editores. Buenos Aires, 1945.

En el origen y conservación del Estado entra en juego, en gran medida, la voluntad del hombre político que se manifiesta en actos de poder: órdenes, amenazas, coacciones, sanciones, etc. En la lucha por el Poder son frecuentes los actos de fuerza. ¿Será el Poder la fuerza?

a) *La fuerza*.—Maquiavelo identifica, en apariencia, el Poder con la fuerza. Pero esta apariencia se desvanece para revelar el concepto exacto cuando Maquiavelo afirma categóricamente que la fuerza es propia de los brutos. El hombre participa de esta propiedad en cuanto es animal, pero sus actos ascienden a un plano superior en cuanto es capaz de obrar según ideas y valores. Por eso es indispensable a un Príncipe el saber hacer buen uso de la ley y de la fuerza. El Príncipe debe imitar a la zorra y al león. Es necesario que sea zorra para conocer las trampas y león para espantar a los lobos (17). Primitivamente los hombres escogían como jefe al más robusto y valeroso. Posteriormente, con el conocimiento de la justicia, la elección de jefe no se hizo en el más fuerte sino en el más sensato y justo (18). Además, Maquiavelo, censura la fuerza que destruye, no la que construye.

b) *La "virtù"*.—Si el Poder no es la fuerza escueta, ¿será la *virtù*? He aquí la palabra favorita de Maquiavelo y también una palabra clave de su pensamiento político. Lo que Maquiavelo llama *virtù* no puede traducirse por *virtud*. La *virtù* incluye en su significado la ambición, el impulso y el instinto de Poder. La *virtù* de Maquiavelo es el *θυμός* platónico y la virtud romana. Es la voluntad de Poder que caracteriza a los que quieren gobernar y a la vez son capaces de hacerlo. En principio, el Poder es la *virtù*. Pero el Poder requiere la fuerza para ser efectivo y consolidarse. En este sentido resulta comprensible la frase: ¡Sólo los profetas armados triunfan!

«*Virtù* —dice Carlo Sforza— no significa *virtud*; la palabra italiana no tenía en el siglo XVI el sentido moral que asociamos a ella hoy en día; significa más bien las fuerzas y cualidades de un hombre» (19). Perfectamente podría añadirse: las fuerzas y cualidades tanto físicas como psíquicas de un hombre. La *virtù* es para Maquiavelo «un concepto extremadamente rico; tomado de la tradición antigua y humanista; pero sentido y conformado por él de una manera rigurosamente individual; un concepto que abarcaba elementos éticos, pero que era en su origen algo dinámico, inserto por la naturaleza en el

(17) N. MAQUIAVELO: *El Príncipe*, págs. 84-5. 3.^a edición. Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires, 1943.

(18) N. MAQUIAVELO: *Obras políticas*, pág. 63.

(19) Conde CARLO SFORZA: *Op. cit.*, pág. 33.

corazón del hombre: heroísmo y fuerza para grandes hazañas políticas y guerreras y, sobre todo, para la fundación y mantenimiento de Estados florecientes, especialmente los Estados basados en la libertad» (20).

c) *La fortuna*.—Frente a la *virtù* se alza desafiante la *fortuna*. En el Renacimiento se manifiesta por medio de alegorías y símbolos. Los filósofos renacentistas especularon amplia y sutilmente sobre ella (21). En el vulgo y hasta en los espíritus selectos era una creencia viva. Maquiavelo no pudo escaparse de rendirle tributo como a una majestad extraña. Ora piensa que es la Providencia, ora la compara con un río salido de madre, ora la mira como a una mujer. «Para él la Fortuna domina la mitad de las acciones humanas, sólo que no se entrega nunca al mero espectador indolente, sino a quien obrando rápida y audazmente sabe asirla» (22). Frente a ella «vale más ser impetuoso que circunspecto, porque la fortuna es mujer, y es necesario por eso mismo, cuando queremos tenerla sumisa, zurrarla y zaherirla» (23). La *virtù* a veces puede más que la fortuna. Con todo, el poder no puede dissociarse de la fortuna o *Fatum christianum*.

d) *La "necessità"*.—«*Virtù, fortuna y necessità* —dice Meinecke— son tres palabras que en sus escritos —los de Maquiavelo— resuenan una y otra vez con un eco metálico.» La *necessità* no es la razón ni la voluntad, sino la fuerza recóndita que mueve a una acción inusitada. Tiene un fondo ontológico, una raíz en el ser de las cosas mismas. Sobre todo hunde sus raíces en la *condición humana*. «Las manos y la lengua de los nombres, dos nobilísimos instrumentos para enaltecer la raza humana, no hubieran obrado bien ni producido la grandeza a que han llegado los actos humanos, sino obligados por la necesidad» (24). No menos que la *virtù* y la *fortuna*, la *necessità* es un ingrediente irracional en la lucha por el poder y en la vida del Estado.

e) *Poder-Estado*.—«En la terminología de la literatura política e histórica italianas de la época —dice Günther Holstein— *Stato* significaba algo tangible, objetivo, como el círculo político constituido por los amigos de una familia o el poder por ella conquistado, el poder personal del soberano y sus

(20) FRIEDRICH MEINECKE: *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, página 34. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1959.

(21) E. CASSIRER: *Individuo y cosmos...*, pág. 100. Emecé Editores, Buenos Aires, 1951.

(22) Idem, pág. 105.

(23) N. MAQUIAVELO: *El Príncipe*, pág. 124.

(24) M. MAQUIAVELO: *Obras políticas*, pág. 364.

seguidores. Este concepto fué ensanchado por Maquiavelo y referido a un ámbito mucho mayor de la vida política, aunque permanezca siempre en la esfera de lo concreto. En el mejor de los casos, significa la forma de Constitución y relaciones de poder, pero en la mayoría equivale simplemente a Poder político y Poder público. Así, pues, lo que él entiende por Estado carece, en definitiva, de sustantividad conceptual e ideal. Pero precisamente por eso le falta también, como se ha subrayado con razón, el elemento constante que permanece a través de todos los cambios y predomina sobre los individuos. No es por eso extraño que su libro más famoso no tratase del Estado, como tal, sino del *Príncipe*, el sujeto personal titular del Poder del Estado» (25).

2. La razón de Estado

En segundo lugar, el Estado es un fin en sí mismo. Una vez instituido, su fin esencial es conservarse. Este fin se constituye en su última *ratio*. «La razón de Estado consiste —según F. Meinecke— en reconocerse a sí mismo y a su ambiente y en extraer de este conocimiento las máximas del obrar. Estas revestirán siempre, a la vez, un carácter individual y general, permanente y mudable; se modificarán flúidamente de acuerdo con los cambios en el Estado mismo y en su ambiente, pero tendrán también que responder a la estructura permanente del Estado individual, así como a las leyes vitales inmutables de todos los Estados en general. Del ser y del devenir surge así siempre un *deber ser* y un *tener que ser* que el conocimiento descubre» (26).

La frase *Ration di Stato* no la forjó Maquiavelo, pero él conoció su contenido y vivió y experimentó su problema. Y él es quien, subvertiendo el rango de los valores, ha puesto los fines del Estado por encima de todos los valores, inclusive de los valores éticos y religiosos. Al leer y estudiar a Maquiavelo es menester siempre estar alerta para descubrir en la expresión de su pensamiento político lo aparente y lo real, lo accesorio y lo principal, lo que realmente dice y lo que quiso decir. La expresión de su pensamiento fluctúa a menudo entre lo común y lo inusitado, entre lo normal y lo anómalo, entre la prudencia y la audacia, entre lo moral y lo amoral. Así, pongamos por caso, el verdadero fin del Estado no es seguramente el provecho personal del Príncipe, como literalmente parece a veces, sino la utilidad pública, la salud pública.

«En sus capítulos técnicos, *El Príncipe* puede, sin duda —opina Meinecke— provocar la impresión de que Maquiavelo sólo tenía sentido para el

(25) G. HOLSTEIN: *Op. cit.*, págs. 185-6.

(26) F. MEINECKE: *Op. cit.*, pág. 43.

provecho personal del Príncipe. Aquí Maquiavelo se dejaba llevar de su pasión por el aislamiento y la exageración unilateral del *thema probandum* del momento. Si se considera, empero, al libro como un todo y se le compara así con el todo de los *Discursos* y del resto de sus escrito, esta impresión desaparece, y se ve que la auténtica e íntima idea rectora de Maquiavelo es la regeneración de un pueblo hundido, su elevación a las virtudes y energías políticas, valiéndose para ello de la *virtù* de un soberano tiránico y de todos los medios dictados por la *necessità*» (26).

3. Las formas de Estado y de gobierno

¿Distingue Maquiavelo, como hoy suele hacerse, las formas de Estado de las formas de gobierno? Aparentemente, sí; pero, realmente, no. *El Príncipe* comienza con estas palabras: «Cuantos Estados, cuantas dominaciones ejercieron, y ejercen todavía, una autoridad soberana sobre los hombres, fueron, y son, Repúblicas o principados» (27). Aquí se clasifican aparentemente las formas de Estado, pero en realidad lo que se clasifica son las formas de gobierno. En los *Discursos*, 1, 2, donde expone la doctrina aristotélica sobre las formas de gobierno, usa efectivamente este término. Como lo han señalado Agustín Renaudet y Nelson Nogueira Saldanha, Maquiavelo era partidario de la teoría dualista de las formas de Estado, es decir, la forma legal y la autoritaria (28).

a) *Teoría de la forma constitucional de gobierno.*—Cuando Maquiavelo habla de Estados, se refiere a Estados reales que conoce por experiencia propia o por testimonio de historiadores. Jamás se refiere a Estados imaginarios. Por la historia —la de Tito Livio, por supuesto— conocía de manera especial la República romana, tema principal de sus *Discursos*. Por experiencia propia conocía naturalmente las Repúblicas italianas: Florencia, Venecia, etc. Conoce también los Estados monárquicos antiguos y de su tiempo. República y Monarquía son regímenes pertenecientes a una misma forma de gobierno, es decir, a la forma constitucional o legal. «Un régimen es de modo general un variante o versión de una forma de gobierno» (29), dice Nogueira Saldanha. En la República la soberanía recae formalmente en más de un hombre, y en la Monarquía recae sobre un solo hombre. «Una República —dice J. Burnham—

(27) N. MAQUIAVELO: *El Príncipe*, pág. 11.

(28) A. RENAUDET: *Op. cit.*, pág. 199, y NELSON NOGUEIRA SALDANHA: *As formas de governo e o ponto de vista histórico*, pág. 45. R. B. E. P. Rio, 1960.

(29) NELSON NOGUEIRA SALDANHA: *Op. cit.*, pág. 37.

no tiene por qué ser necesariamente democrática, en el sentido que generalmente se le da a esa palabra, ni tampoco la Monarquía implica tiranía» (30).

Maquiavelo era un republicano integral, no obstante la prueba en contrario que significa *El Príncipe*. «Su convicción republicana —escribe Renaudet— bebe primero en las fuentes de una tradición comunal y florentina, Maquiavelo permanece ligado a las instituciones, a las leyes, a las asambleas, a las magistraturas de la ciudad; estas instituciones, mediante algunos retoques, le parecen en conjunto suficientes para asegurar las libertades del ciudadano; es decir, el derecho esencial de no ser regido más que por leyes libremente debatidas ante las Asambleas y Consejos de los que forman parte o de los que ha elegido libremente los miembros... En apoyo de su convicción, Maquiavelo invoca la tradición consular de Roma: tradición de escuela llegada a él por los libros y por la escuela. Conoce la historia romana: ha leído a Tito Livio y Polibio, sabe que entre la segunda guerra púnica y el tiempo de los Gracos la República romana realizó la forma ideal de un gobierno capaz de asegurar las libertades de los ciudadanos y desarrollar el vigor de un Estado armado para la conquista» (31).

Maquiavelo, agudo observador de los hechos que ocurrían en torno suyo en Italia y en el extranjero, no podía encerrarse en su republicanismo como en una torre de marfil. Conocía por la historia de Grecia y Roma que la vida política se desarrolla en un ciclo que comienza con la Monarquía y termina con la anarquía para dar lugar a un nuevo proceso evolutivo. En vez de cerrar los ojos a la realidad histórica y política preñada de gigantescas consecuencias, su pensamiento sutil y dúctil inició la empresa de interpretarla en términos científicos adecuados.

Además en los días de su confinamiento político «hubo el proyecto, o al menos el pensamiento, de crear un Estado poderoso para uno de los sobrinos de León X, Julián o Lorenzo, uniendo al efecto Parma, Módena, Piaceza y Regio... Debía, lógicamente, entusiasmarle el proyecto de organizar un Estado nuevo, poniendo al frente de él un Príncipe nuevo, en condiciones, por la influencia de su familia, de hacer lo que causas ajenas a su voluntad impidieron realizar a César Borgia... La forma de gobierno debía ser para Maquiavelo cosa secundaria y puramente doctrinal ante la idea de que llegara a ser Italia un grande y poderoso Estado, capaz del esfuerzo necesario para arrojar de su seno a los invasores extranjeros. Quería la libertad y la igualdad ante la ley y la intervención en el poder de todas las clases del Estado; pero ante

(30) JAMES BURNHAM: *Op. cit.*, pág. 77.

(31) A. RENAUDET: *Op. cit.*, págs. 41-2.

todo, y sobre todo, quería la unidad nacional italiana» (32). En estas circunstancias y clima históricos empolló y dió vida a su teoría del principado.

b) *La teoría de la forma autoritaria de gobierno.*—En *El Príncipe* expuso Maquiavelo la hipótesis del gobierno autoritario y el mandato personal, así como en los *Discursos* desarrolló la hipótesis republicana y el mandato republicano. En una carta a su amigo Francesco Vettori se refiere a su obra famosa con el título latino *De principatibus*. El modelo de lo que Maquiavelo concibe y entiende por *principado* se debe buscar en la historia de Roma. El *princeps* era una especie de compromiso entre las instituciones republicanas de Roma y las formas gubernamentales desarrolladas a partir de Augusto. Giovanni Paccioni define el principado instaurado por Augusto como «una forma templada de Monarquía que había de ser lentamente absorbida por una gran Monarquía unitaria e imperial» (33). Este concepto de principado guarda cierta relación con la doctrina maquiavélica de los *nuevos principados* y concuerda también con el ideal, consignado en el capítulo XXVI de *El Príncipe*, de un Estado nacional italiano por el estilo de las grandes Monarquías iniciadas en aquel tiempo en España, Francia e Inglaterra.

Los principados son o hereditarios, con larga dinastía de príncipes, o nuevos o mixtos. Maquiavelo prestó atención especial a los principados nuevos. La razón es obvia. Ningún otro tipo de forma de gobierno expresaba más cabalmente las tendencias políticas prevalecientes en el Renacimiento italiano. La unidad de la cultura nacional italiana exigía perentoriamente la unidad política nacional que era concebible sólo bajo la Monarquía. Maquiavelo era consciente de esta necesidad. No es menester —dice— dejar pasar la ocasión del tiempo presente sin que la Italia, después de tantos años de expectación, vea, por último, aparecer a su redentor» (34).

Un hombre de talento y valor políticos le había impresionado fuertemente su imaginación en sus andanzas de diplomático. Ese hombre era César Borgia. Por las armas ajenas y la fortuna había adquirido un principado que supo conservarlo y ensancharlo mediante actos de astucia y temeridad. En cierto momento parecía el hombre destinado a lograr la unidad política nacional de Italia. La muerte temprana e inesperada frustró sus planes ambiciosos y desvaneció las ilusiones que había despertado en ciudadanos patriotas como Maquiavelo. Después de examinar la fulgurante trayectoria del duque Valentino, el autor de *El Príncipe* no puede reprimir su gran admiración. Lacónica,

(32) LUIS NAVARRO: *Op. cit.*, págs. 36-7.

(33) GIOVANNI PACCIONI: *Breve historia del imperio romano*, pág. 166. Rev. de Derecho Privado. Madrid, 1944.

(34) N. MAQUIAVELO: *El Príncipe*, pág. 129.

pero muy expresivamente dice: «No puedo condenarlo; aún me parece que puedo proponerlo por modelo.»

Ejemplo eminente fuera de Italia de Príncipe nuevo es Fernando de Aragón. «Podemos mirarle —dice Maquiavelo— casi como a un Príncipe nuevo, porque de Rey débil que él era llegó a ser, por su fama y gloria, el primer Rey de la cristiandad» (35). Hay, sin duda, cierto paralelismo entre César Borgia y Fernando de Aragón. Ambos estaban dotados de la *virtù* propia del hombre político y de la concupiscencia de poder. Exagerando los rasgos comunes de estos hombres y tergiversando el verdadero propósito del libro que los expone, ha dicho Ortega y Gasset: «*El Príncipe* es, en rigor, una meditación sobre lo que hicieron Fernando el Católico y César Borgia. Maquiavelismo es principalmente el comentario intelectual de un italiano a los hechos de dos españoles» (36).

El verdadero propósito de *El Príncipe* no lo revela Maquiavelo sino en su último capítulo. Es la independencia de Italia. Velado a través de toda la obra, aparece abrupta y repentinamente al final. «Supremo secreto, secreto de su corazón así como de su espíritu», ha llamado Jean Jacques Chevallier a este propósito de Maquiavelo. Cuando revela su secreto de amor y nostalgia, se transforma su lenguaje y su estilo. Le arrebatan un entusiasmo patriótico cuasi religioso. El nuevo Príncipe debe ser el redentor de Italia. La Fortuna tal vez ha escogido ese redentor de la Casa de los Médicis.

«No puedo —dice— expresar con qué amor sería recibido en todas estas provincias que sufrieron tanto con la inundación de los extranjeros. ¡Con qué sed de venganza, con qué inalterable fidelidad, con qué piedad y lágrimas sería acogido y seguido! ¡Ah! ¿Qué puertas podrían cerrarse? ¿Qué pueblos podrían negarle la obediencia? ¿Qué celos podrían manifestarse contra él? ¿Cuál sería aquel italiano que pudiera no reverenciarle como a Príncipe suyo, pues tan repugnante le es a cada uno de ellos esta bárbara dominación del extranjero?» (37).

El secreto de *El Príncipe* es un justo sentimiento de nacionalismo. «Una voz esporádica de nacionalismo se levanta en la Italia del Renacimiento —dice Hans Kohn—; es la voz de Nicolás Maquiavelo. Una voz que se extingue, como la voz del que clama en el desierto» (38). Maquiavelo era, como Savo-

(35) Idem, pág. 107.

(36) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *España invertebrada*, Obras completas. 2.^a edición, volumen III, pág. 64. Revista de Occidente, Madrid, 1950.

(37) N. MAQUIAVELO: *El Príncipe*, pág. 129.

(38) HANS KOHN: *Von Machiavelli zu Nehru*, pág. 19. Herder Bucherei, Freiburg, 1964.

narola, un profeta desarmado. Su voz sólo encontraría eco tres siglos más tarde y su sueño patriótico se haría realidad con Cavour y Garibaldi. Es el mensaje de nacionalismo lo que da sentido a su libro tan famoso como discutido.

III. LA POLÍTICA COMO TÉCNICA

«*El Príncipe* —dice Cassirer— no es un libro moral ni inmoral: es, simplemente, un libro técnico. En un libro técnico no hay que buscar reglas de conducta ética, de bien y mal. Basta con que nos diga lo que es útil y lo que es inútil. Cada palabra de *El Príncipe* tiene que ser leída y entendida de este modo» (39). Este juicio sería inobjetable si la conducta política fuera extraña a la ética. En ningún sistema de ética la política está al margen de los valores éticos. Y no puede estar por la razón sencilla de que la política es conducta humana, social e histórica, susceptible siempre de valoración ética o jurídica. Toda la conducta humana, inclusive la conducta política, se reduce, según Giorgio del Vecchio, a un principio ético único que se manifiesta ora como ética a parte *objecti* —derecho—, ora a ética a parte *subjecti* —moral— (40).

Con la lectura de *El Príncipe* nos asomamos a los abismos y cumbres de la naturaleza humana; a la crueldad y al heroísmo; a la magnanimidad y a la venganza; a la avaricia y a la liberalidad; a la ambición y al desprendimiento; a la astucia y al valor; en pocas palabras, a la luz y las sombras del alma humana. La antropología, la psicología y la ética conjuntamente con la historia del género humano, son escasos auxiliares para penetrar en el conocimiento del hombre con todas sus flaquezas y virtudes que Maquiavelo nos presenta. El juicio ético sobre *El Príncipe* es inevitable. Pero, ¿recaeremos en la condenación o absolución que los jesuitas y protestantes, que los monárquicos y demócratas, los liberales y conservadores, ya han proferido?

La política concebida como la lucha por el Poder ya en el plano nacional, ya en el internacional, no excluye el uso de la fuerza. El Estado, como máxima entidad de poder, monopoliza la fuerza y hace uso legal de la fuerza. Para la defensa y conservación del Estado se han creado las instituciones encargadas del uso legal de la fuerza. En las guerras intestinas y en las internacionales se hace inevitable recurrir a la fuerza. «Las guerras —dice Maquiavelo— son actos de humanidad cuando no hay ya esperanzas más que en

(39) E. CASSIRER: *El mito del Estado*, págs. 181-2.

(40) GIORGIO DEL VECCHIO: *Filosofía del Derecho*, pág. 319. 5.ª edición. Bosch. Barcelona, 1947.

ellas» (41). En los pasajes más críticos de *El Príncipe*, donde Maquiavelo parece contrariar los valores universales, recomendando, por ejemplo, no ser bueno, es necesario consultar el contexto. En general Maquiavelo no alaba el homicidio, el fraude, la traición, etc. Describe el comportamiento vil o ruín. Hay pasajes de una moralidad meridiana. «Lo que más que ninguna cosa le haría odioso —al Príncipe— sería, como lo he dicho, ser rapaz, usurpar las propiedades de sus gobernados, robar sus mujeres; y *debe abstenerse de ello*» (42).

Antes y después de Maquiavelo la lucha por el Poder ha sido dura, cruel y despiadada. Ahora y siempre los políticos han echado mano de recursos inverosímiles para adquirir o conservar el Poder. Amenazas, promesas, simulaciones, perfidias, homicidios, traiciones, fraudes, engaños, etc. son moneda corriente en la lucha política *tal cual es*. El *modus operandi* de la política se repite en el siglo XX, incluso en las naciones que se jactan de civilizadas. César Borgia es un pálido ejemplo comparado con Hitler o Stalin. El realismo y el positivismo en la ciencia y la técnica políticas es el mérito permanente de Maquiavelo. Su punto de apoyo es la intuición y conocimiento de la naturaleza humana.

B. MANTILLA PINEDA

R É S U M É

C'est avec Machiavel que commence la science politique moderne. On ne saurait parler de philosophie politique ni avant lui ni après lui. L'originalité de son génie se trouve dans sa découverte du caractère spécifique du fait politique et dans la méthode de parvenir à sa connaissance.

Machiavel retient deux sources essentielles de cette connaissance: "L'expérience des affaires publiques" et "l'étude de l'histoire de l'Antiquité". La culture de Machiavel était classique mais nuancée par sa conscience d'homme de la Renaissance. Homme politique et humaniste en même temps, il bâtit toute une science politique des matériaux que lui fournirent et l'observation du présent et l'étude du passé. Il s'avisait de la sorte que le "fait politique" objet même de la science politique est "un fait humain de pouvoir". Le sujet de son "Prince" et de ses "Discours sur la première Décade de Tite Live" se ramène à un seul sujet: Le Pouvoir et l'État. Il tira, en outre, son sujet pour

(41) N. MAQUIAVELO: *El Príncipe*, pág. 126.

(42) *Idem*, pág. 88.

les deux ouvrages en question des deux sources que nous avons signalées, l'histoire et l'observation.

Machiavel découvrit le nouveau type d'Etat qui allait l'emporter à partir du XV^{ème} siècle: L'Etat-Nation. C'est dans sa manière de concevoir la structure de l'Etat que perçoit toute l'originalité de l'auteur. L'Etat est du premier chef une structure de pouvoir; puis une fin en soi. Quant aux formes de l'Etat et à celles du Gouvernement, Machiavel s'arrête à l'hypothèse d'Etat autoritaire dans le "Prince" pour développer l'hypothèse d'Etat républicain dans ses "discours". Le "Prince" se réclame du nationalisme, et sa lecture nous permet de nous pencher sur l'abîme même de la nature humaine. Le réalisme dans la science et dans la technique politiques, voilà le mérite permanent de Machiavel.

S U M M A R Y

Modern political science begins with Maquiavelo. Before and after Maquiavelo one can talk of political philosophy. The originality of his genius comes from having discovered the specification of political fact and his way of knowledge.

Maquiavelo recognizes two sources of his knowledge of politics: the "experience of public affairs" and "the study of ancient history". His culture was classical, blended by his conscience of a Renaissance man. Politician and humanist at the same time, he built up political science with materials provided by observation of the present and study of the past. Thus he realized that the "political act", object of political science, is a "human act of power". The theme of "The Prince" and that of the "Speeches about the first Decade of Tito Livio" are the same: Power and the State. The ingredients of the two words proceed from the two aforementioned sources; history and observation.

Maquiavelo discovered the new type of State that would later prevail as from the XVth Century: the "State Nation". The novelty of his political ideas is manifest in the manner of conceiving the structure of the State. The State above all is a structure of Power; secondly it is an end unto itself. As to the forms of State and government, Maquiavelo supported the hypothesis of the authoritative government in his "Principe", but gave the republican hypothesis in his "Discursos". The former work has a nationalist purpose; on reading same one is amazed at the abyss of human nature. Realism in political science and technique is Maquiavelo's permanent merit.

